

Abriéronse cien mil ojos
En el infinito miope ;
Redobló Pegaso el trueno
Bajo sus cascos indóciles ;
Sonó su antifona el Pindo :
« ¡ Gloria plena tibi dómine ! » ;
Fulgararon zodiacales
Signos : Á Sully Prudhomme !
Y Homero y Hugo y Verlaine
Sublimizaron tu nombre.

1908.

LOS ÉXTASIS DE LA MONTAÑA

Eglogánimas.

EL DESPERTAR

Alisia y Cloris abren de par en par la puerta
Y torpes, con el dorso de la mano haragana,
Restréganse los húmedos ojos de lumbre incierta,
Por donde huyen los últimos sueños de la mañana...

La inocencia del día se lava en la fontana,
El arado en el surco vagoroso despierta
Y en torno de la casa rectoral, la sotana
Del cura se pasea gravemente en la huerta...

Todo suspira y ríe. La placidez remota
De la montaña sueña celestiales rutinas.
El esquilón repite siempre su misma nota

De grillo de las cándidas églogas matutinas.
Y hacia la aurora sesgan agudas golondrinas,
Como flechas perdidas de la noche en derrota.

EL REGRESO

La tierra ofrece el ósculo de un saludo paterno...
Pasta un mulo la hierba mísera del camino
Y la montaña luce, al tardo sol de invierno,
Como una vieja aldeana, su delantal de lino.

Un cielo bondadoso y un céfiro tierno...
La zagala descansa de codos bajo el pino,
Y densos los ganados, con paso paulatino,
Acuden á la música sacerdotal del cuerno.

Trayendo sobre el hombro leña para la cena,
El pastor, cuya ausencia no dura más de un día,
Camina lentamente rumbo de la alquería.

Al verlo la familia le da la enhorabuena...
Mientras el perro, en ímpetus de lealtad amena,
Describe coleando círculos de alegría.

EL ALMUERZO

Llovió... Trisca á lo lejos un sol convalesciente,
Haciendo entre las piedras brotar una alimaña
Y al son de los compactos resuellos del torrente,
Con áspera sonrisa palpita la campaña...

Rumia en el precipicio una cabra pendiente ;
Una ternera rubia baila entre la maraña
Y el cielo campesino contempla ingenuamente
La arruga pensativa que tiene la montaña.

Sobre el tronco enastado de un abeto de nieve,
Ha rato que se aman Damócaris y Hebe;
Uno con su cayado reanima las pavesas,

Otro distrae el ocio con pláticas sencillas...
Y de la misma hortera comen higos y fresas,
Manjares que la Dicha sazona en sus rodillas.

LA SIESTA

No late más que un único reloj: el campanario,
Que cuenta los dichosos hastíos de la aldea,
El cual, al sol de Enero, agriamente chispea,
Con su aspecto remoto de viejo refractario...

Á la puerta, sentado se duerme el boticario...
En la plaza yacente la gallina cloquea
Y un tronco de ojaranzo arde en la chimenea,
Junto á la cual el cura medita su breviario.

Todo es paz en la casa. Un cielo sin rigores,
Bendice la faena, reparte los sudores...
Madres, hermanas, tías, cantan lavando en rueda

Las ropas que el Domingo sufren los campesinos...
Y el asno vagabundo que ha entrado en la vereda
Huye, soltando coces, de los perros veciños.

LA VELADA

La cena ha terminado : legumbres, pan moreno
Y uvas aún lujosas de virginal rocío...
Rezaron ya. La luna nieva un candor sereno
Y el lago se recoge con lácteo escalofrío.

El anciano ha concluído un episodio ameno
Y el grupo desanúdase con un placer cabrío...
Entre tanto, allá fuera, en un silencio bueno,
Los campos demacrados encanecen de frío.

Lux canta. Lydé corre. Palemon anda en zancos.
Todos rien... La abuela demándales sosiego.
Anfión, el perro, inclina, junto al anciano ciego,

Ojos de lazarillo, familiares y francos...
Y al son de las castañas que saltan en el fuego.
Palpitan al unísono sus corazones blancos.

EL ALBA

Humean en la vieja cocina hospitalaria
Los rústicos candiles... Madrugadora leña
Infunde una sabrosa fragancia lugareña;
Y el desayuno mima la vocación agraria...

Rebota en los collados la grito rutinaria
Del boyero que á ratos deja la yunta y sueña...
Filis prepara el huso. Tetis, mientras ordeña,
Ofrece á Dios la leche blanca de su plegaria.

Acongojando el valle con sus beatos nocturnos,
Salen de los establos, lentos y taciturnos,
Los ganados. La joven brisa se despereza...

Y como una pastora, en piadoso desvelo,
Con sus ojos de bruma, de una dulce pereza,
El Alba mira en éxtasis las estrellas del cielo.

LA VUELTA DE LOS CAMPOS

La tarde paga en oro divino las faenas...
Se ven limpias mujeres vestidas de percales,
Trenzando sus cabellos con tilos y azucenas
Ó haciendo sus labores de aguja, en los umbrales.

Zapatos claveteados y báculos y chales...
Dos mozas con sus cántaros se deslizan apenas.
Huye el vuelo sonámbulo de las horas serenas.
Un suspiro de Arcadia peina los matorrales...

Cae un silencio austero... Del charco que se nimba
Estalla una gangosa balada de marimba.
Los lagos se amortiguan con espectrales lampos,

Las cumbres, ya quiméricas, corónanse de rosas...
Y humean á lo lejos las rutas polvorosas
Por donde los labriegos regresan de los campos.

LA HUERTA

Por la teja inclinada de las rosas techumbres
Descienden en silencio las horas... El bochorno
Sahuma con bucólicas fragancias el contorno
Ufano como nunca de vistosas legumbres.

Hécuba diligente da en reparar las lumbres...
Llegan por el camino cánticos de retorno.
Iris, que no ve casi, abandona su torno,
Y suspira á la tarde, libre de pesadumbres.

Obscurece. Una mística Magestad unge el dedo
Pensativo en los labios de la noche sin miedo...
No llega un solo eco, de lo que al mundo asombra,

Á la almohada de rosas en que sueña la huerta...
Y en la sana vivienda se adivina la sombra
De un orgullo que gruñe como un perro á la puerta.

CLAROSCURO

En el dintel del cielo llamó por fin la esquila.
Tumban las carrasqueñas voces de los arrieros
Que el eco multiplica por cien riscos y oteros,
Donde laten bandadas de pañuelos en fila...

El humo de las chozas sube en el aire lila ;
Las vacas maternas ganan por los senderos ;
Y al hombro sus alforjas, leñadores austeros,
Tornan su gesto opaco á la tarde tranquila...

Cerca del Cementerio, — más allá de las granjas, —
El crepúsculo ha puesto largos toques naranjas.
Almizclan una abuela paz de las Escrituras

Los vahos que trascienden á vacunos y cerdos...
Y palomas violetas salen como recuerdos
De las viejas paredes arrugadas y oscuras.

LA IGLESIA

En un beato silencio el recinto vegeta.
Las vírgenes de cera duermen en su decoro
De terciopelo lívido y de esmalte incoloro;
Y San Gabriel se hastía de soplar la trompeta...

Sedienta, abre su boca de mármol la pileta.
Una vieja estornuda desde el altar al coro...
Y una legión de átomos sube un camino de oro
Aéreo, que una escala de Jacob interpreta.

Inicia sus labores el ama reverente :
Para saber si anda de buenas San Vicente
Con tímidos arrobos repica la alcancía...

Acá y allá maniobra después con un plumero,
Mientras, por una puerta que da á la sacristía,
Irrumpe la gloriosa turba del gallinero.

EL CURA

Es el Cura... Lo han visto las crestas silenciaras,
Luchando de rodillas con todos los reveses,
Salvar en pleno invierno los riesgos montañoses
Ó trasponer de noche las rutas solitarias.

De su mano propicia, que hace crecer las mieses,
Saltan como sortijas gracias involuntarias ;
Y en su asno taumaturgo de indulgencias plenarias,
Hasta el umbral del cielo lleva á sus feligreses...

Él pasa del hisopo al zueco y la guadaña ;
Él ordeña la pródiga ubre de su montaña
Para encender con oros el pobre altar de pino ;

De sus sermones fluyen suspiros de albahaca :
El único pecado que tiene es un sobrino...
Y su piedad humilde lame como una vaca.

LA LLAVERA

Viste el hábito rancio y habla ronco en voz densa ;
Sigue un perro la angustia de su sombra benigna ;
Mascullando sus votos, reverente, consigna
Un espectro achacoso de rutina suspensa...

Al repique doméstico de sus llaves, se piensa
En las brujas de Rembrant... Sin embargo es tan digna
Que Luzbel la chamusca, por lo cual se persigna
Y con aguas benditas neutraliza la ofensa...

Ella sabe la historia de los Santos Patrones,
De Syllabus, de ritos y de Kirieleysones....
Ella sufre nostalgias sordas del Santo Oficio.

En la gloria del Padre será libre de expurgo.
Y se tiene por cierto que en la Noche del Juicio
Dará fe de los buenos parroquianos del burgo...

EL CONSEJO

El astrónomo, el vate y el mentor se han reunido...
La montaña recoge la polémica agreste ;
Y en el aire sonoro de campana celeste,
Las tres voces retumban como un solo latido.

Conjeturan fiebrosos del principio escondido...
Luego el mago predice la miseria y la peste ;
El poeta improvisa, mientras, vuelto al Oeste,
El astrónomo anuncia que en Hispania ha llovido.

Ebrios de la divina majestad del tramonto,
Los discursos se agravan... Es ya noche. De pronto,
Arde en fuga una estrella... Interrogan sus rastros

Cual mil ojos abiertos al Enigma Infinito:
Se hace triple el silencio del consejo erudito...
Dedos entre la sombra se alzan hacia los astros.

LA NOCHE

La noche en la montaña mira con ojos viudos
De cierva sin amparo que vela ante su cría;
Y como si asumieran un don de profecía,
En un sueño inspirado hablan los campos rudos.

Rayan el panorama, como espectros agudos,
Tres álamos en éxtasis... Un gallo desvaría,
Reloj de media noche. La grave luna amplía
Las cosas, que se llenan de encantamientos mudos.

El lago azul de sueño, que ni una sombra empaña,
Es como la conciencia pura de la montaña...
Á ras del agua tersa, que riza con su aliento,

Albino, el pastor loco, quiere besar la luna.
En la huerta sonámbula vibra un canto de cuna...
Aullan á los diablos los perros del convento.

EL ANGELUS

Salpica, se abre, humea, como la carne herida,
Bajo el fecundo tajo, la palpitante gleba;
Al ritmo de la yunta tiembla la corva esteva,
Y el vientre del terruño se despedaza en vida.

Ímproba y larga ha sido como nunca la prueba...
La mujer, que afanosa preparó la comida,
En procura del amo viene como abstraída,
Dando al pequeño el tibio, dulce licor que nieva.

De pronto, á la campana, todo el valle responde :
La madre de rodillas su casto seno esconde ;
Detiéndose el labriego y se descubre, y arde

Su mirada en la súplica de piadosos consejos...
Tórnanse al campanario los bueyes. A lo lejos
El estruendo del río emociona la tarde.

LAS HORAS GRAVES

Sahúmase el villaje de olores á guisados ;
El párroco en su mula pasa entre reverencias ;
Laten en todas partes monótonas urgencias,
Al par que una gran calma inunda los sembrados.

Niñas en las veredas cantan... En los porfiados
Cascales de la vía gritan las diligencias,
Mientras en los contornos, zumba, hacia las querencias,
El cuerno de los viejos pastores rezagados.

Lilas, violadas, lóbregas, mudables como ojeras,
Las rutas, poco á poco, aparecen distintas ;
Cuaja un silencio obscuro, allá por las praderas

Donde cantando el día se adormeció en sus tintas...
Y adioses familiares de gritas lastimeras
Se cambian al cerrarse las puertas de las quintas.

LA FLAUTA

Tirita entre algodones húmedos la arboleda...
La cumbre está en un blanco éxtasis idealista ;
Y en brutos sobresaltos, como ante una imprevista
Emboscada, el torrente relinchando rueda.

Todo es grave... En las cañas sopla el viento flautista.
Más súbito, rompiendo la invernal humareda,
El sol, tras de los montes, abre un telón de seda,
Y ríe la mañana de mirada amatista.

Cien iluminaciones, en fluidos estambres,
Perlan de rama en rama, lloran de los alambres...
Descuidando el rebaño, junto al cauce parlero,

Upilio se confía dulcemente á su flauta,
Sin saber que de amores, tras un álamo, incauta,
Contemplándole Fílida muere como un cordero.

LOS PERROS

El olivo y el pozo... Dormida una aldeana
En el brocal... Á un lado la senda viajadora,
Y un hombre paso á paso: todo lo que á la hora
Suspira una evangélica gracia samaritana...

El sol es miel, la brisa pluma y el cielo pana...
Y el monte, que una eterna candidez atesora,
Ríe como un abuelo á la joven mañana,
Con los mil pliegues rústicos de su cara pastora.

Pan y frutas: ingenuos desayunos frugales.
Mientras que los pastores huelgan de sus pradiales
Fatigas ó se lavan en los remansos tersos,

Maniobran hacia el valle de tímpanos agudos,
Los celosos instintos de los perros lanudos,
De voz ancha, que integran los ganados dispersos.

IDILIO

La sombra de una nube sobre el césped reclusa...
Aclara entre montañas rosas la carretera
Por donde un coche antiguo, de tintinante mula,
Llena de ritornelos la tarde placentera.

Hundidos en la hierba gorda de la ribera,
Los vacunos solemnes satisfacen su gula;
Y en lácteas vibraciones de ópalo, gesticula
Allá, bajo una encina, la mancha de una hoguera.

Edipo y Diana, jóvenes libres de la campiña,
Hacen testigo al fuego de sus amores sabios ;
Con gestos y pelliscos recélanse de agravios ;

Mientras él finge un largo mordisco, ella le guiña :
Y así las horas pasan en su inocente riña,
Como una suave pluma por unos bellos labios !

EBRIEDAD

Apurando la cena de aceitunas y nueces,
Luth y Cloe se cambian una tersa caricia ;
Beben luego en el hoyo de la mano, tres veces,
El agua azul que el cielo dió á la estación propicia.

Del corpiño indiscreto, con ingenua malicia,
Ella deja que alumbren púberas redondeces.
Y mientras Luth en éxtasis gusta sus embriagueces,
Cloe los bucles pálidos del amante acaricia.

Anochece. Una bruma violeta hace vagos
El aprisco y la torre, la montaña y los lagos...
Sofocados de dicha, de fragancias y trinos,

Ella calla y apenas él suspirala : ¡ Oh Cloe !
Mas de pronto se abrazan al sentir que un oboe
Interpreta fielmente sus silencios divinos !

LAS MADRES

Verde luz y heliotropo en los amplios confines...
El cielo, paso á paso, deviénese incoloro ;
En la fuente decrepita iza un iris canoro
La escultura musgosa de los cuatro delfines.

Suena, de roca en roca, sus cándidos trintrines
La vagabunda esquila del rebaño, y en coro,
Ante Dios que retumba en la tarde, urna de oro,
Los charcos panteístas entonan sus maitines.